

Don José María Villa

Por ALEJANDRO LOPEZ I. C.

Nació este ilustre Ingeniero en la ciudad de Sopetrán, en Octubre de 1850. Estudió sus primeros cursos de ingeniería en el Colegio del Estado, en el tiempo en que, al impulso del doctor Bérrio, tuvieron excepcional esplendor. El señor Eugenio Lutz, diplomado de la Escuela Central de París, regó entonces la semilla que tan grandes frutos dio después. Era el señor Lutz un gran matemático, y dio a estos estudios un impulso tan notable, que todavía perdura, como que fue uno de los extranjeros que más han influido en la instrucción de Antioquia. Los estudiantes de la actual Escuela de Minas son sus legítimos discípulos, al través de José María Villa, José M. Escovar, Fabriciano Botero, Esteban Alvarez, Pinillos y otros, y de los continuadores de éstos, que aún sostienen con honra el estudio de las Matemáticas, tachado por algunos de exagerado, y que es el que comunica a nuestros estudiantes un marcado criterio científico y la predilección por lo exacto.

Pero entre todos los discípulos de Lutz de escuela don José María Villa de modo culminante. Sale del Colegio del Estado hacia Norte América, ingresa en Stevens Institute, y allí el discípulo de Lutz sobresale pronto como Profesor de Matemáticas, rodeándose de prestigio. El Puente de Brooklin, a cuya construcción asiste el estudiante antioqueño, le inspira ideas grandiosas que luego realiza en Antioquia con la construcción de los puentes suspendidos sobre el río Cauca, Pescadero, La Iglesia, La Pintada, y, finalmente, el de Occidente, monumento que puede considerarse como su obra maestra.

En estas obras se revelan las notas características de su temperamento: el desarreglo habitual de su persona y modo de vivir se reflejan en la ausencia de proyectos y planos completos de sus obras, que suplía con su portentosa poder de representación mental, peculiar en él; luego es de observarse la predilección ingénita a emplear el material nativo, indígena, y a no servirse de lo extranjero sino en último término. Aun sus conocimientos prefería extraerlos de su propia acervo, descubrir lo que le hacía falta, huyendo de los

libros extranjeros. ¡Feliz el que puede edificar su personalidad con materiales de su propio taller!

Don José María era uno de los temperamentos más nativos que he conocido. Hombre de la montaña, regional en todo, fue un producto genuino de su suelo, y en su propia inspiración incontaminada se halló, como Epifanio Mejía, a sí mismo. Pudiera agregarse entre sus obras la erección del puente de Honda, sobre el Magdalena; mas, de seguro él le tendría en poca estima. Es que los otros puentes son obra íntegramente suya, y en los sillares del Puente de Occidente, cuya resistencia calculó con un carbón en las paredes de su humilde albergue, a la orilla del Cauca, bien podría cualquier caminante leer aquello de

“Nací libre como el viento.....”

Sí, muy libre. Ni dominador ni dominado. En ese rostro de Moisés de hirsuta y luenga barba, se leía o se adivinaba el limpio abolengo y mayor limpieza aún de alma, infantil y buena, y el antioqueño que nació altivo y libre, pero no el dominador ni el legislador. La opulenta exuberancia del sentido matemático atrofió en él la voluntad dominadora de hombres y de circunstancias. ¿Qué había de preocuparse en conocer el hombre, quien llegó a decir en su entusiasmo de vidente del modo más gracioso, pero intrasmisible literalmente, que las Matemáticas llevan a la certeza de la existencia de Dios? ¿Ni qué había de dejarse someter a lo convencional del yugo humano quien tuvo siempre la actitud de Diógenes metido en el tonel de su pobreza, y la aguda ironía del humorista como defensa de su inmovible personalidad?

Ponteados tan admirablemente los vados del Cauca que el escaso progreso de Antioquia había menester, vagó don José María de aquí para allí, como ingeniero *in partibus* casi siempre, otras veces alternando en la prensa en debates científicos, hasta que un día don Tulio Ospina lo atrajo cariñosamente al hogar de la Escuela de Minas, donde halló el escaso pan de la familia y el ambiente intelectual propicio entre estudiantes ávidos de sus enseñanzas, y que sostenían con el cariño y la admiración sin límites, los últimos días del viejo Matemático que ayer se llevó la muerte.

Don José María fue ante todo un gran Matemático. Error frecuente es confundir las Matemáticas con la Ingeniería. Se puede ser Matemático sin ser Ingeniero, y ésto sin ser aquéllo. Es más estático

el talento matemático, y de mayor dinamismo el de Ingeniería, siendo creadores ambos; pero más útil el segundo. ¿Útil a quien? A la sociedad directamente el Ingeniero; a la humanidad el Matemático; por lo que fortuna y fama sonríen al hombre de acción, y abandonan de continuo al Matemático, quien con desdén al medio devuelve los desdenes de la fortuna, y se fortifica en la vida interior.

Clasifíquese, si se quiere, a don José María Villa entre los mejores ingenieros colombianos, mas permítaseme agregar que en Matemáticas fue una figura más que culminante. Si esquivo la comparación con Julio Garavito, el príncipe de los matemáticos americanos, no hallo con quién compararle. Un día de intimidad en que hablábamos de temas de cálculo infinitesimal, medí la ignorancia mía, aprendí, entre otras cosas, cuán bella es la palabra humana en boca de un sabio. ¡Qué síntesis tan luminosa, y qué comprensión tan rara, tan maravillosa y extranatural del número! ¡Pobres de los que no vemos ni lo que miramos, y gloria a los que ven más allá de lo que se ve, a los humildes cuya riqueza de espíritu les permite adivinar a Dios en las horas de recogimiento a que los lleva el abandono de los hombres!

(Artículo escrito en 1915)

“La experiencia indica que una educación amplia capacita a los graduados para alcanzar mayor éxito en su profesión que los preparados en una especialidad técnica”. (Dean A. A. Potter).

“Una apreciación inteligente de las capacidades del ingeniero debe fundarse en la profundidad y solidez de los estudios básicos y no sobre la especialidad seguida, o el grado”. (Dexter Kimball).